

LAURA

"Avanza lentamente por el pasillo con respiración entrecortada. La voz le repite sin cesar: "Mátalo Laura, mátalo ya". Ella le replica: "¡Es mi padre, joder!". Aprieta con fuerza el mango del cuchillo. "No te detengas, ahora no puedes tirar atrás". A mitad del pasillo, necesita apoyarse en la pared. La voz no calla, no le deja vivir.

Por fin llega a la habitación, ya está en el quicio de la puerta. Durante un instante contempla a su padre, con la lucecita de la mesita de noche encendida. Las gafas en la punta de la nariz y el libro que está leyendo medio caído.

Él se despierta y la mira asustado. Se le caen las gafas y el libro. De un respingo, se levanta de la cama y enciende la luz del techo, mucho más potente. Para ella, es como un relámpago y cae fulminada al suelo. Las voces han enmudecido, siente una paz infinita y se duerme profundamente.

Al poco, nota un pinchazo en el brazo y le inunda la levitación. Flota en medio de la nada. Puede oír la voz de su padre decir: mi nombre es Juan Piedra. Se alegra, porque esto significa que las voces de su cabeza, han perdido la batalla. Ahora su cuerpo, levitando se desplaza hacia adelante, como sobre ruedecitas y nota el aire fresco de la calle.

Cuando despierta, no sabe dónde está y tiene la sensación de haber dormido mucho tiempo. El brazo derecho está inmovilizado y de un bote, desde muy arriba le desciende líquido de gota en gota. Ve a su padre sentado a su lado: ¡Cómo ha envejecido en ese tiempo! Todo el pelo blanco. Aunque ahora mismo no recuerda si ya lo tenía, ni si estaba tan delgado. Pero es su padre, eso seguro. Esta mirándola y llora. Siente una inmensa vergüenza. Le gustaría decirle algo. Pero no puede, le es imposible.

Su madre no aparece. La Toña, hace ya mucho tiempo que se marchó y no le pudo ni preguntar por qué. Nunca volvió. Comienzan a llegarle recuerdos. Todavía fluyen en blanco y negro. Su madre sonriente, como ida, canturreando mientras metía cosas en una maleta para marchar. Entre tanto su padre, soltaba palabras gruesas, gritaba y sobre todo hablaba solo. Lo recuerda tan nítido, que casi se empiezan a colorear los recuerdos.

Un día identifica donde está: en un hospital raro, pero hospital a fin de cuentas. Por fin le dejan levantarse, ya no le caen gotas en el brazo. Ahora nota unos movimientos que ella no controla: De repente a una mano, se le mueven los dedos. Uno detrás de otro y vuelta a empezar. Hasta que se paran.

Lo primero que hace al salir de la cama, es mirarse en el espejo del cuarto de baño. Necesita un rato para reconocerse. Su pelo es negro, largo y revuelto. Desordenado como su cerebro, que dicen que está muy enfermo. No se encuentra atractiva. Tiene unas enormes ojeras y los ojos son azules, muy azules. Para verse bien, se tiene que agachar, por lo que deduce que es alta. Un poco delgada, pero le parece que tiene buen tipo.

Quienes le cuidan, le reparten pastillas en todas las comidas y siempre de dos en dos. Le han explicado su enfermedad del derecho y del revés. Esquizofrenia: es como una división en su mente, que no le permite juzgar la realidad externa de manera adecuada. Ella pregunta: ¿Adecuada a qué? Y le responden: A la realidad objetiva.

A su edad, con 25 años, le recomiendan vivir independiente de su padre, con otros jóvenes. Ella no tiene trabajo. No le queda prestación de paro. No tiene ahorros. Con ese diagnóstico y la de pastillas a tomar, no va a ser nada fácil encontrar un sueldo. Ni siquiera un sueldo de mierda. Siente miedo o quizás sea su escaso juicio de la realidad.

Su padre le explicó, que había pedido una especie de préstamo, para poder pagar los gastos que les iba a suponer, el piso compartido con otros pacientes en rehabilitación. A pesar de estar subvencionado, resultaba caro. Su contacto para el préstamo, era el director de un Banco llamado del Espíritu Santo. Nombre que le parecía una broma y por eso aún lo recuerda. El acceso había sido posible a través del trabajo. Resultó ser un individuo muy poderoso, algo así como un líder político y tenía nombre de cuento: Don Marcelino.

Durante la primera semana de la nueva vida, procura ser ordenada en todo, incluida la medicación de forma exacta. De vez en cuando, ve en la ventana una paloma que habla con otra e incluso discuten. No se asusta, porque cree que es del exceso de medicación.

Le llama la atención un colega de piso que se llama Lorenzo. Un tipo alto y bien plantado, simpático y muy hablador. Está superando, según dice, su adicción a las drogas.

Con el paso de los días y sin darse cuenta, Laura comienza a coquetear. Pronto pasa al contacto físico y al poco, al sexo enloquecido, que Lorenzo sabe conducir y dosificar. Ella se ha olvidado de las voces, porque nunca ha sentido en su cerebro tanto placer, en medio de tanto desorden. Llega al convencimiento de estar ya curada, dado que identifica perfectamente que está enamorada. Escucha música celestial. Las palomas no hablan. Abandona el tratamiento.

Lorenzo la tienta con mayor placer, si el sexo lo aderezan de pequeños picos inofensivos de sustancias naturales. Comienzan con éxtasis, luego cannabis y culminan con heroína. El mundo, a ratos es una alucinación casi perfecta. Ella vuelve a sentir la misma levitación del día que enmudecieron las voces. Las palomas se convierten en pavos reales en el paraíso. Hasta que el dinero se acaba y ya no se puede comprar el polvillo mágico.

En solo dos días sin gozar, el paraíso huele a azufre y se convierte en un infierno insoportable. Pero Lorenzo tiene solución para todo: una minifalda de escándalo, una ginebra y el taburete en el bar del lobby, de un hotel de cinco estrellas.

Cuatro viejos, podridos de dinero, a menos de un cuarto de hora cada uno y entran dos mil pavos, que garantizan una semana de placer. Los viejos son asquerosos, pero luego llega la recompensa. Reaparecen los movimientos de los dedos independentistas y las palomas adquieren unos tonos verdosos, que la verdad, acojonan un poco.

El padre no consigue ver a su hija en ninguna de las ocasiones que visita el piso. El tal Lorenzo, le cuenta historias y se lo saca siempre de encima. Entonces decide investigar por su cuenta y le resulta fácil descubrir con dolor, la actividad de Laura.

Lorenzo controla otras chicas en distintos pisos y además trafica descaradamente con camellos. La sorpresa es, cuando acude a ingresar fajos de billetes y lo hace en el Banco del Espíritu Santo. Los tratos son en persona, con Marcelino.

Laura sigue visitando habitaciones del Gran Hotel. Las voces le vuelven a susurrar y tanto más cuanto más nauseabundo es el cliente. El último, le pide un servicio muy especial. Algo que se sale de todo. Sin inmutarse, se va desnuda al cuarto de baño, donde tiene la ropa y el bolso. De él, extrae un cúter grande que siempre lleva. Cuando llega a la cama, le sonrío al cliente y se sienta encima de su vientre, de espaldas a él. Con una mano le coge los testículos, como si fuera a acariciarlos y con la otra le pega un tajo seco. El cliente suelta un alarido y de un salto, sale despavorido desnudo al pasillo, con los huevos colgando y ensangrentado hasta los pies.

Laura se queda en medio de la habitación haciendo los extraños movimientos con los dedos de las dos manos y se le cae el cúter al suelo.

El padre, les cuenta a la policía sus investigaciones con todo detalle, incluida la sospecha de implicación de Marcelino. Le sugieren, con sutileza, excluirlo de la denuncia, pero Juan ya está muy asqueado de todo y decide seguir adelante.

Casi de inmediato, el Espíritu Santo le conmina a devolver la integridad del préstamo, que con los intereses, triplica la totalidad del capital.

Pide a su empresa un adelanto de sueldo para hacer frente a la devolución y recibe un finiquito junto a su despido.

Según figura en su confesión, el padre, tenía estudiados todos los horarios y movimientos del político. Así, los sábados siempre a primera hora, en el mismo supermercado y justo nada más abrir, se dirigía a la verdulería. Allí lo esperó pacientemente, buscando el momento que se quedaran solos. En la declaración, lo describe con detalle: Sigilosamente se acerca por detrás y lo empuja e inmoviliza en un pequeño espacio entre dos cámaras frigoríficas. Le clava en el vientre un cuchillo jamonero mientras con el brazo izquierdo en su cuello, lo suspende al aire con fuerza, durante unos minutos, mientras sangra a borbotones. Los pies colgando. Se miran cara a cara. Marcelino sigue vivo y le mantiene la mirada. En este momento, Juan le escupe con placer: -Ahora mando yo- Un movimiento brusco de cuchillo y le rasga la aorta. En un momento se queda como un monigote. Lo deposita encima de los repollos ecológicos en medio de un enorme charco de sangre.

Juan Piedra, está en prisión incondicional sin fianza. Pendiente de juicio. Su hija aunque muy apenada, se siente orgullosa de él".

Hola mare,

Això que acabes de llegir, és còpia d'una prova dels psiquiatres: Jo havia de fer una narració en castellà i en tercera persona, explicant tot el que va succeir i sobretot, com jo ho interpreto. Vull que sàpigues que els hi ha agradat molt i consideren que jo, ja sóc capaç d'interpretar la realitat objectiva. Estan molt cofois amb els resultats que creuen que han obtingut.

He pres centenars de píndoles i he rebut almenys deu electroxocs que no desitjo pas a ningú. Ara han rebaixat la dosi de pastilles i ja podré anar de dia, a viure a casa nostra, tornant a dormir a aquesta presó. Aprofitaré el temps que ja he perdut: Primer trobaré al fill de puta d'en Llorenç. Ja tinc meticulosament estudiat el que he de fer. Prou que ho sentiràs a dir.

I després, tu, mare. No estaràs tranquil·la, mentre visquis. Ja veus que t'he localitzat. Aniràs tenint notícies meves, a no ser que et fiquis nerviosa i moguis algun fil, perquè a les hores començaré per tu.

La teva filla que vas oblidar.

Laura Piedra Castells.

